





estado. Dentro de ese esquema de pensamiento y acción dominante hay una supremacía de la represión y de la seguridad de un derecho sancionador, sin equidad, y una justicia despersonalizada y lenta.

Retomando el pensamiento de Castoriadis, podemos hacer la distinción entre la democracia como procedimiento y la democracia como régimen, es decir, estilo de vida, modo de ser social. Para el autor mencionado el individualismo es el motor de la crisis de significaciones imaginarias referentes a la vida colectiva. El conflicto radica entre la estructura social y la estructura mental.

Sostiene Colomer que la política pretende una sociedad autónoma conformada por seres libres y sólo así es posible constituir una sociedad democrática. El principio que rige a las democracias representativas es el de la unidad que funciona como mecanismo de legitimación y búsqueda de consenso. En las democracias participativas es la multiplicidad la que incentiva la participación en la organización.

El eje central de la teoría de la auto organización está sustentada en el nuevo concepto de información, donde el signo deviene en significado y el respeto a la diversidad de formas de vida es lo fundante, que todos gocen de la misma libertad.

El autor propone superar la dialéctica entre un sistema democrático heterónimo (representativo) por el de la participación (autónimo) en una instancia superadora e integradora. Radicalizar la democracia supone ir a la raíz, al verdadero soporte de la forma de vida de la cual depende la condición de ser "ciudadano".

La metodología de trabajo del autor es el método crítico kantiano: crítica de los modos de análisis y de la ética que se encarna en lo real y se ocupa de la praxis sobre quién debe iluminar y conducir.

La ética cívica obliga a los ciudadanos a cooperar en el proyecto compartido de la comunidad a la que se pertenece, ejercer la justicia y la equidad. La ética ciudadana supone las virtudes cívicas de: justicia, autonomía y paz. Porque es imposible anestesiar en el espíritu humano esta aspiración natural de su ser personal.

En este horizonte de integración planetaria necesitamos quien nos convoque sinfónicamente para superar la crisis que vivimos y nos incorporemos a una tarea

compartida fraternalmente, con auténtica autoridad y fuerza moral testimonial. De manera tal que genere un giro salvador, oxigenador, de renovación profunda que nos aleje de este proceso des-humanizante y des-personalizador que nos está afectando tanto a hombres como a mujeres. Ello se debe lograr en cada pueblo, sin pérdida de la identidad local en camino a la universalidad.

Los pueblos de América Latina deben incorporar los valores de la cooperación, de la reciprocidad, a través de un proyecto integrador de lo social, de lo político y lo económico que es fundamentalmente "cósmico". Asumir el destino altruista de la cooperación solidaria, de la sinergia creadora de la comunidad de seres libres.

Porque el sufrimiento despierta la vivencia de padecimientos tan graves como la injusticia y todas las formas de inequidades que se cometen con los más débiles, desvalidos y desprotegidos, incluso desde el Estado mismo. Ellos nos interpelan clamando por una sociedad diferente que no dé más lugar a la avidez, la agresión, la exclusión, la marginalidad y la obsesión consumista.

◆ "En este horizonte de integración planetaria necesitamos quien nos convoque sinfónicamente para superar la crisis que vivimos y nos incorporemos a una tarea compartida fraternalmente, con auténtica autoridad y fuerza moral testimonial".

Reflexiona el autor: "La originalidad no es ver un nuevo sol, sino contemplar de forma distinta las cosas y los hombres, nunca inmóviles, bajo la luz de nuestro viejo sol" (p. 50).

Los acompañantes de Ulises conformaron un grupo solidario y libre, donde todos cooperaban en las diversas y múltiples tareas, para, en forma conjunta, alcanzar la meta propuesta que tenía que ver con la completud humana.

Si establecemos una analogía con nuestra situación actual, las propuestas institucionales y los planes de desarrollo al servicio del ser humano, sus proyectos futuros tienen que contemplar la estrategia de supervivencia y movilización para construir "una comunidad de libres" (p. 53).

Haciendo un diagnóstico de nuestro tiempo vemos que hay ausencia de una cultura que explique nuestro devenir existencial, que otorgue sentido y significado a la cotidianidad, de allí el desconcierto que nos afecta ante los diferentes problemas, incapaces de encontrarles una solución que trascienda lo contingente transformándonos en una civilización vacía. Porque nos invade la acedia, la desesperanza, la violencia de todo tipo y forma, ante un sistema social basado en la competitividad a ultranza que nos genera vacío interior, una

gran frustración y fracaso por “no ser exitosos”. Priva el ‘tener’ sobre el ‘ser’ que oscurece y frena la capacidad de realización de la persona, la somete a una “obediencia no querida”, por presiones de oligarcas y elites revestidas de valores supuestamente democráticos.

Sabiamente Colomer concluye que: “la agresividad y la violencia no son sólo creación de marginados, sino pautas de comportamiento de esta época y de este mundo, obsesionado por el éxito, donde nos imponemos a los demás, los sometemos a nuestras presiones y atemorizamos por la fuerza” (p. 54).

Nuestro paradigma actual es el tecnocrático, mecanicista, verticalista, que nos ha llevado a la crisis global más grande y profunda de la civilización; que afecta más a los países emergentes y con menos desarrollo. Urge instalar un nuevo paradigma que supere el autoritarismo, desarrolle procesos de participación para los trabajadores con capacidad creativa y activa, satisfaciendo las necesidades humanas básicas, el cuidado del medio ambiente y el uso racional de los recursos naturales y humanos. Que rechace el poder autoritario y centralizado de las estructuras burocráticas.

Critica agudamente Colomer el sistema actual al servicio de intereses sectarios y de poder que son degradantes y lastiman la dignidad de las personas, como el asistencialismo, que genera la pérdida del valor del trabajo, de la cultura del esfuerzo como re-significadora de la persona, convirtiéndola en algo pasivo rehén del gobierno de turno. Cabe consignar que este “asistencialismo” es generado por las políticas proteccionistas de los estados desarrollados.

Debemos comenzar, aquí y ahora, a trabajar por la liberación de los más sometidos y débiles: los niños, las mujeres y tantos grupos marginados por su rebeldía, su atormentado y arrasado espíritu y su incapacidad de sublevarse al estilo de vida que propone el capitalismo de mercado a través de la sociedad postindustrial, con un estilo de vida homogeneizado y despótico.

Desde el hontanar de su corazón busca el hombre quebrar esa vibración atormentada atada a encadenamientos y sometimientos que lo degradan. Busca ser libre por sí mismo: es el pueblo de “argonarios” en busca de la sociedad del bien.

Las democracias deben integrar el principio de la participación dentro de la representatividad. Una sociedad donde haya participación plena permite que albergue un sistema político vivificado porque intervienen la mayoría de lo ciudadanos. Esta participación es la mejor manera de frenar los abusos de poder, la corrupción de



los funcionarios la desjerarquización y relajación moral de las instituciones de la República. Si hubiese una verdadera transparencia en los actos de gobierno sería el mayor antídoto contra las demagogias.

¿Qué vemos? Un abrupto contraste entre actitudes solidarias y abnegadas de algunas personas frente al accionar de otras, cuyo modo de actuar es de forma egoísta, cerradas sobre sí mismas, con total desconocimiento “del otro”. Es posible, no es una utopía sino una aspiración legítima re-instalar la dimensión de la cooperación solidaria, de la generosidad, aunque en la sociedad actual simultáneamente convivimos con situaciones de agresividad, actitudes hostiles y de dominación. Urge volver a re-dimensionar y vivir los principios éticos que propicien la libre expresión de todos, el rechazo a todos los modelos de dominio y fortalecimiento de la libre autodeterminación de las comunidades locales. Bregando por la desconcentración generalizada de poder a favor de una participación creativa de todos, de reconquistar los derechos de la sociedad civil frente a un estado parasitario, asistencialista, tecnocrático e ineficiente. Nos dice el autor que hoy nos convoca: “una de las claves para interpretar nuestra época de crisis, es que en ella el por-venir se acepta como una fatalidad que se padece en vez de ser un proyecto que se construye” (p. 103).

Para los griegos, pueblo donde nace la democracia concebida como conjunto de libertades participantes en el gobierno de la ‘polis’, la democracia era una virtud (areté) cívica que implicaba asumir responsabilidades éticas públicas inherentes a la comunidad de pertenencia. Para ellos, el mayor rasgo cívico y personal de indignidad era la venalidad y el anteponer intereses

privados sobre el Bien Común colectivo y público de los habitantes de la 'polis'.

A medida que fuimos históricamente avanzando, fue desterrándose e ignorándose esta virtud cívica y haciendo una extrapolación del término "entropía" del ámbito de la física al ámbito político social, asistiendo así a una "entropía democrática" (p. 107) que genera luchas sociales en reivindicación de libertades y derechos legítimos y naturales cercenados a los pueblos.

Debido al incremento de la energía participativa y sus resistencias creció la tendencia a aumentar la participación democrática desde lo individual, pero también, desde lo político institucional, mediante la incorporación de los ciudadanos a las tareas de gobierno. El pueblo vive y palpita la política como actividad propia y obliga, de esta forma, a una mayor transparencia en los actos de gobierno. Aunque carecemos de la vocación de participar desde lo colectivo.

Por ello la indagación está centrada en la construcción de un ser colectivo, donde, además, haya relaciones de recíproco conocimiento con un entrelazado afectivo entre los integrantes para potenciar lo social comunitario.

En una economía solidaria la reciprocidad es central dentro de los valores que deben caracterizar las sociedades actuales, no sólo presente en la vida social sino también en la política y económica. Porque permite integrar a los diferentes grupos solidarios que sean portadores de valores tales como la justicia, la amistad y la responsabilidad. Valores que se han perdido en esta sociedad de capitalismo salvaje y ultrajante, caracterizada por la codicia, la avaricia, el ansia de acumulación de bienes materiales desenfrenadamente, generando una sociedad de grandes asimetrías e inequidades como así también de exclusión, sin posibilidad alguna de reinsertión en el sistema productivo.

Pero no perdamos la esperanza porque hay sociedades donde encontramos un renacer de las organizaciones, como en el caso de las mutuales, que son entidades sin fines de lucro, basadas en la ayuda mutua y la solidaridad, sobre la base de la reciprocidad, confianza y lealtad.

El mutualismo tiene como tarea fortalecer sus vínculos federativos y de alianza para formar mentalidades críticas e invulnerables en un medio hostil e inhóspito. Un exceso de centralismo daña el mutualismo, lo que hace imperioso tomar un conjunto de reglas básicas que evidencien principios fundantes del espíritu mutualista y retomar los principios éticos para propiciar la integra-

ción. De esta manera, el mutualismo puede contribuir a enriquecer la diversidad institucional al vincularse con las cooperativas, fundaciones para favorecer la integración entre los pueblos.

Afirma Colomer que para él toda economía es economía social, ya que supone un intercambio de servicios y bienes donde los valores que rigen ese intercambio son la reciprocidad, apoyo mutuo y solidaridad.

Las conexiones -hoy- entre los países del Norte y los del Sur han ido degradándose. Las formas de dominación están dadas por la persuasión, manipulación psicológica para que los habitantes de los países emergentes dejen ciertos hábitos, cambien sentimientos, costumbres, abandonen su propio lenguaje que es una de las formas de pérdida de la identidad de los pueblos. Es una manera de enajenación, de destrucción de identidades comunitarias con una fuerte impronta intervencionista y de colonialismo cultural.

Los centros de decisión se encuentran en el Norte y tienen como objetivo acortar las distancias para alcanzar una mayor y mejor dominación y sometimiento de los países del Sur, implementando sin criterio alguno una faceta depredadora del ecosistema. Como en nuestro país -Argentina- empresas multinacionales aplicando su desaprensiva lógica capitalista ejecutan, sin consideración moral alguna ni del impacto ambiental, la minería a cielo abierto. ¿Qué los motiva? Una economía basada en el interés, la competencia, la expropiación y la acumulación de bienes materiales y naturales.

¿En qué se basan el poder y la riqueza? "En la buena redistribución del gasto público y social; para otorgarle a cada uno su dignidad donante" (p. 149). Es decir, que se vea como un valor de apoyo mutuo y recíproco de los deberes comunales, pero que permita la expresión diferencial y personal del espíritu creativo y de las iniciativas personales.

Cito: "¡Mujeres del Sur, no se dejen engañar! Desde la posición decisiva que siempre han ocupado en sus sociedades, exijan un reconocimiento de su dignidad y función social, pero no olviden que su naturaleza maternal, origen de la bomba demográfica del Sur, tal vez, sea el último instrumento de la estrategia revolucionaria para salvar al Sur, y de este modo, salvarnos a todos" (p. 154).

Nos podríamos preguntar: ¿Cuál es la viabilidad del modelo argentino? El futuro de los argentinos se ha transformado, desde hace algunos años, en algo incierto e impredecible, debido a que nuestro país genera prosperidad para los especuladores financieros. Es

hora de despertarnos y que maduremos. Que los que gobiernan cambien el rumbo y abran así una puerta esperanzadora al ejercicio pleno y real de una democracia representativa y republicana que privilegie el Bien Común. No existe ni existirá un “modelo argentino” sin un proyecto de nación.

El arquetipo moral que nos hace luchar contra la injusticia es Don Quijote, que pese a estar vestido con un armamento que resulta risueño e insuficiente, interpela lo más profundo de nuestro ser y nos hace proclamar a viva voz: “Nada está perdido si el corazón no se traiciona. Es una llamada de atención a nosotros, es un grito por la justicia, por la verdad y la dignidad de la condición humana. Don Quijote, es caballero no por su linaje, sino por su fidelidad al servicio de las causas justas y de los débiles y desvalidos” (p. 177).

Hoy, tal vez, debemos conformar otro tipo de arquetipos que puedan controlar los instrumentos que maneja el poder planetario y avasallador, que se propone un plan de sometimiento a través de una actitud alienante y expulsora que actúa como ‘exprimidor’ en esta sociedad globalizada.

“Amigos, hermanos, salgamos a campo abierto, llamemos a los que roban: ladrones; a los que mienten: embusteros; a los que abusan de su poder: déspotas y no renunciemos a participar y ejercer nuestra condición de sujetos éticos y libres. Construyamos entre todos, una convivencia justa y libre. Si Don Quijote muere, muere el hombre” (p. 179).

Se trata de interpelar una tradición viva, y no adentrarse en un cementerio de ideas, o internarse en el oscuro laberinto donde yacen los restos arqueológicos de la historia del pensamiento político. Interpelarla para, siguiendo una bella metáfora borgeana, hacer que este texto recupere su voz y vuelva a hablar. Necesitamos estas voces porque en los tiempos que corren, dominados por la deletérea combinación de neoliberalismo y posmodernidad, estamos hambrientos de nuevas y buenas ideas y nobles utopías. Estas voces quieren y aspiran a resonar en forma sinfónica en el espacio privado y en el espacio público de nuestros pueblos iberoamericanos.

